

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO



Ozba

REVISTA MENSUA

CIENCIA :: ARTE :: SOCIOLOGÍA

DELEGACIONES
EN TODA ESPAÑA
Y AMÉRICA

Redacción y Administración
Anselmo Cifuentes, 10

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
Un trimestre..	3,00 Ptas.
Un semestre..	5,50
Un año.....	10,00

SUMARIO

- Miguel de Unamuno..... *La agonía del Cristianismo.*
- Benito A. Buyla..... *El alma musical rusa.*
- Juan Uría Riu..... } *Algunas consideraciones sobre el*
} *paisaje de montaña en Asturias.*
- Eugenio Noel..... *Ante la Torre de Einstein en Postdam.*
- A. Gamoneda..... *Algo acerca de mi fe.*
- Fl. M. Torner..... *Sobre un rasgo del carácter español.*
- Angel Dotor..... *Los trashumantes.*
- Adolfo Posada..... *Leopoldo Alas.-Clarín.*
- Leopoldo Alas.-Clarín.. *La España del siglo XIX. Alcalá Galiano.*
- REDACCIÓN..... *Cómo se organiza una biblioteca circulante.*
- LIBROS.—José Antonio Cepeda: *L'Agonie du Christianisme*, por Miguel de Unamuno.—José Loredó Aparicio: *La lucha contra el delito de contagio*, por Luis Jiménez de Asúa.—Eugenio Domingo: *El Barrio Maldito*, por Félix Urabayan.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

LA AGONÍA DEL CRISTIANISMO

EL LLAMADO CRISTIANISMO SOCIAL

¿El cristianismo social? ¿El reino social de Jesucristo, con que los jesuitas nos aturden los oídos? ¿Cómo la cristiandad, la verdadera cristiandad puede tener negocio con la sociedad de aquí abajo, de la tierra? ¿Qué será eso de la famosa democracia cristiana?

«Mi reino no es de este mundo» (Juan, XVIII, 36), dijo el Cristo cuando vió que el fin de la historia no llegaba. Y también: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Lucas, XX, 25). Pero es necesario recordar en qué circunstancias fué pronunciada esta sentencia cardinal.

Los que le perseguían para perderle se pusieron de acuerdo para preguntarle si era o no lícito pagarle tributo al César, el invasor, el enemigo de la patria judía, la autoridad. Si respondía que sí, se le presentaría al pueblo como un mal judío, como un mal patriota; y si decía que no, se le acusaría de sedición ante las autoridades cesáreas. En este trance, Jesús pide una moneda y, mostrando la efigie, pregunta: «¿De quién es esta efigie? —De César», le respondieron. Y él: «Dad, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». O lo que es lo mismo: dad al César, al mundo, a la sociedad el dinero, que es del César, del mundo, de la sociedad; y a Dios el alma, que ha de resucitar con el cuerpo. De esta manera se desentiende de todo problema económico social, él que había dicho que le es más difícil a un rico entrar en el reino de los cielos que a un camello pasar por el ojo de una aguja; y demuestra que su buena nueva no tenía nada de común con las cuestiones económico sociales o nacionales, con la democracia o la demagogía internacional, como con el nacionalismo.

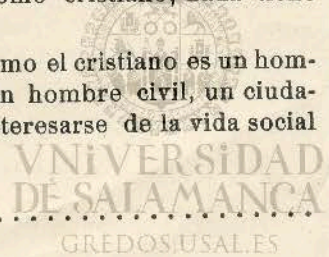
El cuarto Evangelio nos descubre la razón por la cual los escribas y fariseos hicieron condenar al Cristo. O mejor dicho, el pretexto. Fué éste el de su antipatriotismo. «Entonces, los grandes sacerdotes y los fariseos se

reunieron en Consejo y dijeron: ¿qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y disolverán nuestro pueblo y nuestra raza. Y uno de ellos, Caifás, sumo pontífice que era en aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que es preferible que un hombre muera por el pueblo a que toda la nación se pierda» (Juan, XI, 47-51). Se ve que buscaban perderle a causa de su antipatriotismo, porque su reino no era de este mundo, porque no se preocupaba ni de economía política, ni de democracia, ni de patriotismo.

Pero, después de Constantino, desde que comienza la romanización de la cristiandad, desde que la letra, no el verbo del Evangelio, empieza a convertirse en una cosa como la ley de las Doce Tablas, los Césares se proponen defender al Padre del Hijo; a Dios, de Cristo y de la Cristiandad. Y apareció esta cosa horrible que se llama Derecho canónico. Y la concepción jurídica, mundana, social del pretendido cristianismo se consolida. San Agustín, el hombre de la letra, era ya un jurista, un legista. Y lo era San Pablo. Al mismo tiempo que un místico. Y el místico y el jurista luchan en él. De un lado, la ley; del otro, la gracia.

Derecho y deber no son sentimientos religiosos cristianos, sino jurídicos. El sentimiento cristiano es gracia y sacrificio. En cuanto a esa invención de la democracia cristiana, es algo así como la química azul. El que sostiene la tiranía puede ser tan cristiano como el que defiende la democracia o la libertad civil. Pero el cristiano, como cristiano, nada tiene que ver con esto.

Sin embargo, como el cristiano es un hombre en sociedad, un hombre civil, un ciudadano, ¿puede desinteresarse de la vida social y civil?





El cristianismo puro, el cristianismo evangélico quiere buscar la vida eterna fuera de la historia, y no encuentra más que el silencio eterno que aterraba a Pascal, en quien la vida fué una agonía cristiana. No obstante, la historia es el pensamiento de Dios sobre la tierra de los hombres.

Los jesuitas, los hijos degenerados de Iñigo de Loyola, nos vienen cantando la cantinela del reino social de Jesucristo, y con este criterio político quieren tratar los problemas políticos y económico sociales. Y defender, por ejemplo, la propiedad privada. El Cristo no tenía nada que ver ni con el socialismo ni con la propiedad privada. Lo mismo que el costado del divino antipatriota que fué horadado por la lanza y del que brotó la sangre y el agua, aquél que hizo creer a un soldado ciego para la fe, tiene nada que ver con el Sagrado Corazón de los jesuitas. El soldado estaba ciego, seguramente. Y vió desde el momento en que fué tocado por la sangre de aquel que había dicho que su reino no era de este mundo.

¡Y esos otros pobres diablos (diablo, *diablos*: acusador), que dicen que Jesús fué un gran demócrata, un gran revolucionario, un gran republicano! La pasión de Cristo dura todavía. Pues es una terrible pasión la de tener que sufrir el que los unos os quieran hacer radical-socialista y los otros bloconacionalista; éstos, fracomasón, y aquellos, jesuita. El Cristo fué, en suma, un judío antipatriota para los grandes sacerdotes, escribas y fariseos del judaísmo.

No, no, la democracia, la libertad civil o la dictadura, la tiranía, tienen tanto que ver con el cristianismo como la ciencia; la obra social del catolicismo belga, por ejemplo, tiene tanto que ver con él como Pasteur. La misión cristiana no es la de resolver el problema económico-social, el de la pobreza y la riqueza, el de la repartición de los bienes en la tierra; aunque lo que redimirá al pobre de su pobreza deba redimir al rico de su riqueza, como lo que redimirá al esclavo redimirá al tirano, y que es preciso terminar con la pena de muerte para redimir, no al condenado, sino al verdugo. Mas, con todo, no es ésta la misión cristiana. Cristo llama a él a pobres y ricos, esclavos y tiranos, condenados y verdugos. A la llegada del fin del mundo, en la proximidad de la muerte, ¿qué significan riqueza y pobreza, esclavitud y tiranía, ordenar una sentencia de muerte o sufrirla?

«Siempre habrá pobres entre vosotros» — dijo el Cristo. No, como parecen creer muchos de esos que se llaman cristianos sociales, a fin de que pueda practicarse la limosna, lo que ellos llaman la caridad, sino porque habrá siempre una sociedad civil, con padres e hi-

jos, y la sociedad civil, la civilización lleva en su seno la pobreza.

En España, el mendigo pide una limosnita por el amor de Dios; y cuando no se le da nada, se le responde: «¡Hermano, perdóname!». Y como él, el mendigo, pide por Dios, por Dios se le llama *por-diosero*. Mas como el otro, el supuesto rico, le pide perdón por Dios, se le podría llamar también *pardiosero*. *Pordioseros*, mendigos los dos.

El Padre Jacinto escribía el 13 de mayo de 1901, en Jerusalén:

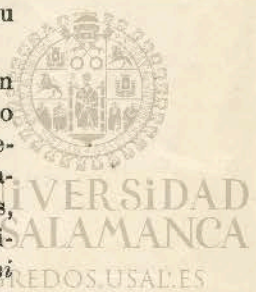
«La señora Yakoulew, esposa del cónsul ruso en Jerusalén, se quejaba como nosotros de que las iglesias cristianas han hecho de Jerusalén la ciudad de la ignorancia, de la desidia, de la pereza y de la mendicidad. Como ocurre en todos los sitios donde gobiernan las curas. Véase «*Lourdes*», de Zola. La señora Yakoulew dice que hemos calumniado a los antiguos, a los griegos y romanos. Estos tenían la idea de un Dios único y sus estatuas no eran más que símbolos. Las costumbres no estaban tan corrompidas como hoy; la dignidad del carácter y de la vida era más grande. Si es así ¿qué ha venido a hacer el cristianismo?».

Verdad que no; no ha venido para terminar con la ignorancia y con la suciedad, ni introducir la dignidad en el carácter y en la vida, esa que los hombres de mundo llaman dignidad.

Un cura español, Jaime Balmes, escribió un libro sobre *el protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización*. Pero, será posible juzgar al protestantismo y al catolicismo en sus relaciones con la civilización; mas la cristiandad, la cristiandad evangélica no tiene nada que ver con la civilización ni con la cultura... Y como sin civilización ni cultura la cristiandad no puede vivir, el cristianismo agoniza. Y lo mismo la civilización cristiana, que es una contradicción íntima. De esta agonía viven los dos, el cristianismo y esta civilización que llamamos grecorromana u occidental. La muerte de una sería la muerte de la otra. Si la fe cristiana muere, la fe desesperada y agónica, nuestra civilización tendrá que morir también; y si nuestra civilización muere, morirá la fe cristiana. Ello nos hace vivir en agonía.

Las religiones paganas, religiones de Estado, eran políticas; el cristianismo es apolítico. Pero como, al hacerse católico, y además romano, se paganiza transformándose en religión del Estado (¡fué nada menos que un Estado pontificio!), vino a ser político. Y su agonía se acrece.

El cristianismo ¿es pacifista? La cuestión nos parece vacía de sentido. El cristianismo está por encima o si os parece mejor, por debajo de estas distinciones mundanas y puramente morales, o acaso puramente políticas, entre pacifismo y belicismo, civilismo y militarismo, entre *si vis pacem, para bellum* y si



vis bellum, para pacem: si quieres la guerra prepara la paz; prepárate a la guerra en la paz.

Ya hemos visto que el Cristo dijo que había venido a llevar la disensión a las familias, y el fuego, y la división, y la espada (Mateo, X, 34). Pero cuando en el monte de las Olivas fué sorprendido por los que habían ido a arrestarle, y los suyos le preguntaron si se defenderían con la espada, les respondió que se tuvieran *por esta ocasión*, y curó la oreja de aquel que había sido en ella herido (Lucas, XXII, 50-52). Y a Pedro, que había sacado la espada y herido a Malco, siervo del pontífice, le reprendió diciéndole: «¡Vuelve la espada a la vaina, pues todos aquellos que sacan la espada deben perecer por la espada!» (Mateo, XXVI, 51-53. Juan, XVIII, 11).

El cuarto Evangelio, el atribuído a Juan, es el único que nos dice que el que sacó la espada para defender al Maestro fué Simón Pedro, la piedra sobre la cual se supone constituida la Iglesia Católica Apostólica Romana, el supuesto fundador de la dinastía que estableció el poder temporal de los Papas y predicó las Cruzadas.

El cuarto Evangelio pasa por ser el menos histórico en el sentido materialista o realista de la historia; pero en el sentido profundo, en el sentido idealista y personal, el cuarto Evangelio, el Evangelio simbólico, es mucho más histórico que los sinópticos. Ha hecho y hace mucho mejor la historia agónica del cristianismo.

Por eso en este Evangelio, que es el más histórico porque es el más simbólico de los cuatro, y el más vivo, se dijo al simbólico fundador de la dinastía pontificia católica romana que aquel que saca la espada debe perecer por la espada. En setiembre de 1870 las tropas de Víctor Manuel de Saboya entraron por la fuerza de la espada en la Roma pontificia. Y la agonía del catolicismo se agrava el día

en que fué proclamado, en el concilio vaticano, el dogma jesuítico de la infalibilidad del Papa.

Dogma militarista, dogma engendrado en el seno de una milicia, de una compañía fundada por un viejo soldado, por un militar que, herido, inutilizado para la milicia de la espada, funda la milicia del crucifijo. Y en el seno de la Iglesia romana, la disciplina, *discipulina*, en la cual el discípulo no aprende (*non discit*), sino que recibe pasivamente la orden, el dogma, no la doctrina, no la enseñanza, del Maestro, mejor que del maestro, del jefe, conforme al tercer grado de obediencia que Loyola recomienda a los Padres y Hermanos de Portugal. ¡Ah, esto sí que es una agonía!

La lucha del cristianismo, su agonía, no es ni de guerra ni de paz mundanas. Es inútil preguntar si el misticismo es acción o contemplación, puesto que es contemplación activa y acción contemplativa.

Nietzsche hablaba de lo que está más allá del bien y del mal. El cristianismo está más allá de la guerra y de la paz. O mejor, más acá de la guerra y de la paz.

La Iglesia romana, digamos el jesuitismo, predica una paz, que es la paz de la conciencia, la fe implícita, la sumisión pasiva. León Chestov (*La noche de Getsemani*) dice muy bien: «Recordemos que las llaves terrestres del reino de los cielos les tocaron a San Pedro y sus sucesores, precisamente porque Pedro sabía dormir y dormía mientras que Dios, descendido entre los hombres, se preparaba a morir en la cruz». San Pedro sabía dormir y dormía sin saberlo. Y San Pedro fué el que negó al Maestro hasta que fué despertado por el gallo, que es el que despierta a los durmientes.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Traducción de JOSÉ ANTONIO CEPEDA)

